

**PEREYRA, Carlos y otros. *Historia, Para qué?*. Adv. de Alejandra Moreno Toscano. México, Siglo Veintiuno ed., 1980. 245 p.**

Desde antiguo se han intentado variadas respuestas al interrogante que titula esta obra, pero ha sido en las últimas décadas de nuestro siglo que el tema ha suscitado un renovado interés entre los historiadores preocupados por justificar su tarea. Haciéndose eco de tales inquietudes, el Archivo General de la Nación de México encomendó a un grupo de historiadores y escritores el cuestionamiento del problema de la utilidad del saber histórico. El resultado lo constituyen los diez ensayos que conforman la obra, a través de los cuales sus respectivos autores proponen una serie de reflexiones, sin mayor sistematización ni ahondamiento en criterios epistemológicos, sobre cuál ha sido y debiera ser la utilidad de la historia.

Con criterio sustancialmente uniforme, los ensayistas coinciden en otorgar una decisiva y creciente función social a la historia en su relación con la problemática del presente. Parten de la distinción, siguiendo los pasos de Marc Bloch, entre la legitimidad intelectual del conocimiento histórico y su utilidad o función social. El interés intelectual legítima a la historia en cuanto conocimiento. Pero la función teórica, estrictamente cognoscitiva, no agota las posibilidades del discurso histórico, que a la vez asume una función social al responder a las necesidades que incitan a comprender el pasado por motivos prácticos.

Función teórica y función social de la historia son dos aspectos discernibles y a la vez complementarios. No se puede desvincular, según estos autores, la historia en que se participa y toma posición de la historia que se investiga. El aislamiento frente a toda responsabilidad política, así como la propensión a enjuiciar el pasado desde posturas

adoptadas, son actitudes que limitan los resultados de la investigación.

Las consideraciones de la obra se centran fundamentalmente en la función social de la historia, en su utilidad dentro del juego de las relaciones sociales. Dicha función deriva del compromiso de la historia con el tiempo en que vive el historiador. La historia posibilita el conocimiento cabal del presente. Lo explica, lo dota de su razón de existir. Permite comprender los lazos que unen a las comunidades, que a través de ella afianzan o construyen su identidad.

Pero, además, el presente plantea los interrogantes que incitan a buscar el pasado. Se trata, el concepto no es nuevo, de una acción recíproca: el presente se hace inteligible a través del pasado y viceversa.

El historiador organiza el pasado en función de los requerimientos de su tiempo, que de esta manera entra en el presente como cosa viva, posee la misma o semejante incidencia que lo contemporáneo. En cada momento histórico, las fuerzas sociales y políticas actuantes imponen sus propias versiones del pasado, por lo general divergentes entre sí y a menudo antagónicas. Esta multiplicidad de versiones determina para Adolfo Gilly una de las diferencias entre la historia y las ciencias naturales, cuyo conocimiento en cada momento tiende a ser unívoco.

La conciencia colectiva del presente determina pues, la recreación histórica y su aplicación práctica. Es más. Para Enrique Florescano las condiciones de producción en que se desarrolla la actividad del historiador constituyen un factor determinante de su tarea. El historiador toma sus decisiones siempre dentro de la red de condiciones materiales y sociales que su época le impone.

La recreación histórica, en su función de comprender e incidir en los vínculos de cohesión de las comunidades, se polariza en dos sentidos: puede justificar y consolidar los lazos que unen a una colectividad, promoviendo hacia ellos una actitud positiva, o bien puede ponerlos en cuestión a través de un enfoque crítico o negativo.

En el primer caso, la historia responde a los intereses de quienes pretenden conservar las relaciones sociales dominantes. Se convierte en "discurso del poder". Cada vez que un dominio político se impone —la tesis nos remite a John Plumb y también a Bernard Lewis—, reordena el pasado de acuerdo a sus intereses. La historia sirve en este caso para la legitimización del poder. Es la historia oficial, la "historia por decreto" según la expresión de Carlos Monsiváis, controlada por los Estados que intentan justificar y prolongar por su intermedio la estructura de dominación imperante.

La historia crítica, en cambio, ejerce una función corrosiva, es

un saber disruptivo que en vez de legitimar la autoridad la socava. Proviene de quienes pretenden transformar las convenciones imperantes. Es la historia que libera al hombre de la carga de su pasado, que niega la versión de los vencedores, que sirve de fundamento a los cambios.

El objetivo de la investigación histórica, según propone Carlos Pereyra, debe orientarse hacia la recuperación global de la sociedad, poniendo en crisis las versiones ritualizadas del pasado e incorporando los problemas suscitados desde la perspectiva del bloque social dominado.

Resulta evidente que esta interpretación ajusta el quehacer histórico a un mecanismo dialéctico. La historia se convierte para estos autores en la ciencia que refleja las relaciones sociales de dominación y subordinación, de soberanía y dependencia. Arribamos fácilmente a la conclusión de que el saber histórico está condicionado por la lucha de clases.

Quien más ahonda en esta tesis de clara vinculación con el materialismo dialéctico es Gilly, quien asegura que la relación social dominante que rige a todas las demás es la relación de dominación / subordinación. Se trata de una relación vertical que asegura el apoderamiento por unos del plustrabajo de los otros y que provoca resistencias que se manifiestan a través de movimientos revolucionarios. En las distintas capas sociales se registra asimismo una relación horizontal expresada en normas, ideologías, costumbres. Ninguna historia puede hacer abstracción de estas relaciones que conforman cada época y cada sociedad. Significativamente, Florescano sostiene que la historiografía marxista, en combinación con los enfoques de la historia social y económica contemporánea, es la única corriente historiográfica que persiste en plantear la explicación de por qué cambian y se transforman las sociedades.

Hay coincidencia en los trabajos en afirmar que no se puede pretender una historia imparcial ni neutral ideológicamente. La labor histórica —afirman— implica siempre juicios de valor. Parcialidad significa tomar partido, apasionarse, y no equivale según Gilly a faltar a la objetividad. Pero, nos preguntamos, ¿hasta qué punto es posible una parcialidad objetiva?

El trabajo de José Joaquín Blanco sobre "El placer de la historia" descubre los privilegios vitalistas que implica la tarea del historiador. La mayor utilidad de la historia radica en que es un trabajo gratificante en sí, creador, que permite una amplia y estimulante realización personal. Pero, al parecer, para Blanco no todo tipo de historia produce estos efectos, sino que resulta ser prerrogativa de la historia

crítica, de la historia rebelde y arrogante que se convierte en puerta de escape frente a la "enajenante historia oficial falsificada por la opresión general". Pensamos que en efecto, uno de los méritos, quizá el mayor, del saber histórico consiste en su capacidad de lograr un distanciamiento de la cultura dominante, en descubrir otras actualidades, otros pensamientos y sensibilidades, que hace que en definitiva, según expresión de Marrou, la historia sea una lección de humanismo. Y en tal sentido posibilita la libertad personal. Pero no sólo la historia combativa, polémica, en controversia con el presente, conduce a este tipo de realizaciones.

La obra cuestiona asimismo el por qué y para qué del saber histórico en México. A través de la historiografía mejicana los autores demuestran cómo a lo largo de los siglos la interpretación del pasado ha estado determinada por la presión de la lucha política y la conformación político social de la nación. Las diversas interpretaciones de la historia de México testimonian la formación de la conciencia colectiva y el peso del pasado como fuerza actuante del presente.

Sostienen que la conciencia histórica actual de México deriva de la experiencia de la Revolución mejicana, que exige la reconsideración del pasado desde perspectivas nuevas, en respuesta a las necesidades de una sociedad en transición, y apuntando al horizonte ideológico vigente entre los sectores mayoritarios del país. La incertidumbre sobre el sentido y destino de la Revolución le otorga una vez más a la historia la categoría de saber útil. "Otra vez —afirma Monsiváis— la historia es lo que nos cohesiona y lo que, de algún modo, nos instala en el porvenir".

En el último de los ensayos, "Historias que no son todavía historia" Guillermo Bonfil Batalla reflexiona sobre las historias de los pueblos indios. Señala que lo escrito hasta ahora sobre el tema, salvo raras excepciones, ha sido fundamentalmente un discurso del poder a partir de la visión del colonizador.

La nueva historia indígena que está empezando a conocerse, elaborada por los propios historiadores indígenas, responde a necesidades actuales y por lo general presenta una imagen idealizada de las sociedades precoloniales. Bonfil Batalla compara esta concepción de la historia con la occidental y examina brevemente sus problemas metodológicos.

Las respuestas al para qué de una historia indígena son bien concretas: responde a la urgencia presente de reafirmar la identidad social y étnica de estos pueblos y asimismo a la necesidad de fundamentar los proyectos futuros de liberación. Conocer su propia historia es para los indios un imperativo, ya que sus reivindicaciones se basan en la

**afirmación de su legitimidad histórica como pueblos.**

Historia colonizada como discurso del poder, historia liberadora que mantiene y refuerza la identidad de la comunidad, historia que atiende a las necesidades del presente y del futuro. El análisis de la historia indígena responde también a las principales premisas que informan el conjunto de estos ensayos.

Algunos trabajos agregan otras utilidades al conocimiento histórico. Luis Gonzáles estima que cada especie de género histórico es útil a su manera. Pasa revista a los distintos géneros historiográficos y a sus respectivas capacidades serviciales, llegando a la conclusión de que hay tantos modos de hacer historia como requerimientos de la vida práctica. Los diversos tipos de historia pueden ser fuente de imitación, de guía práctica para las acciones del presente y del futuro, de elaboración de argumentos críticos, o simplemente de distracción frente a las angustias del presente. La Historia presta también servicios a otras ciencias sistemáticas del hombre tales como la ciencia política, la sociología o la economía.

Luis Villoro señala un interés más profundo que mueve a hacer historia: el interés por la condición y sentido de la especie humana. La historia responde al móvil de dar sentido a la vida del hombre al comprenderla en función de una totalidad que la abarca y de la cual forma parte. Justifica así el para qué de la historia universal, y hasta llega a prever una futura "historia cósmica".

En definitiva, de la lectura de estos ensayos se deduce que el carácter utilitario de la historia es innegable. Coincidimos en la opinión de que todo quehacer histórico, aunque su autor no se lo proponga, cumple alguna función. La investigación histórica tiene siempre un sentido, una finalidad. En realidad, este sentir se apoya en una larga tradición historiográfica que podemos remontar hasta Heródoto, para quien la historia era una lucha contra el olvido.

Plantean dudas las reflexiones sobre la función social de la historia, consistente en organizar el pasado de acuerdo a los requerimientos del presente. Cabe preguntar si la excesiva preocupación por el presente no puede llegar a convertirse en un impedimento para la cabal comprensión de otras realidades diferentes a las circunstancias del historiador.

Al atribuir a la historia un papel destacado en las confrontaciones ideológicas y políticas —nota común y permanente de la obra—, se corre el riesgo de que se utilice la investigación histórica en virtud de intereses ajenos a la búsqueda científica de la verdad. Carlos Pereyra, en el ensayo inicial, intenta resolver el problema sosteniendo que los criterios de verdad no deben confundirse con los móviles que im-

pulsan a la investigación. Propone que la función social de la historia no anule su función cognoscitiva, su legitimidad teórica. Pero evidentemente, lo difícil es encontrar un equilibrio entre ambas funciones que no distorsione el razonamiento. En qué medida una historia comprometida con el presente puede responder a los requisitos de objetividad inherentes a todo conocimiento científico, es un interrogante que queda sin resolver.

*Marta B. Duda*